

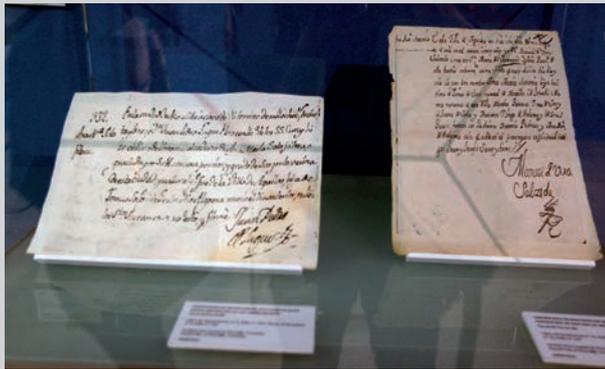
NO FUERON SOLOS

Mujeres
en la conquista
y colonización
de América



Hélène Gicquel

Arriba, foto de archivo de la exposición del Museo Naval sobre el importante rol de las mujeres en el Nuevo Mundo, que rescató nombres propios, como el de la almirante Barreto.



Hélène Gicquel

Arriba, documentos y retrato — a la izquierda— de Ana M^a de Soto, primera infante de marina, del Museo Naval de San Fernando, que evoca su figura, igual que el Museo Naval de Cartagena.



Hélène Gicquel



Juan van der Hamen y León / Colección Kutxa Bilduma



Archivo General Militar de Madrid

Retrato de doña Catalina de Erauso, la Monja Alférez, c. 1625; Libramiento a Catalina de Haro por ejercer el cargo de su difunto marido, mayordomo de Artillería en Mahón por orden de Felipe II.

PIONERAS en los ejércitos

Mujeres «de armas tomar» que se adelantaron a su tiempo, con arrojo y valentía, para participar en la vida militar y formar parte de la historia

Anadie sorprende ver hoy una mujer militar, ya sea en una misión en el exterior o de maniobras en cualquier compañía. Pero lo que en la actualidad es normal, fue impensable en otros tiempos, salvo para algunas pioneras que, por azar o por decisión propia, se hicieron hueco en la historia.

Arrancamos en la Castilla del XVI, en guerra. Las batallas se saldaban con ejércitos diezmos y prisioneros que no podían volver a sus casas para defenderlas, por lo que muchas mujeres decidieron tomar las armas, como en Palencia.

«DERECHO DE TOCAS»

Corría 1386. Juan de Gante, duque de Lancaster, trató de tomar la península Ibérica aprovechando su debilidad. Desembarcó en Galicia, conquistó La Coruña, Santiago, Orense y marchó a la capital palentina, huérfana de combatientes varones. Pero las mujeres, que divisaron las tropas del duque acercándose, defendieron sus murallas con uñas, dientes y gran eficacia.

Tal fue su resistencia que, en 1388, Lancaster firmó la paz y el castellano Juan I premió a «sus» guerreras con el «derecho de tocas», reservado a varones e insólito entonces para mujeres. Tal honor les hacía «caballeros de honor»

y eximía de inclinarse ante el rey. Hoy, la banda de color rojo y oro de su traje regional evoca ese coraje.

En los siglos siguientes, más de 10.000 españolas cruzaron el océano para llegar al Nuevo Mundo. Iban a encontrarse con sus maridos, para casarse o en busca de aventura y porvenir, pero todas asumieron tareas de varón, de manejar las velas a las guardias en las travesías.

EXPEDICIONARIAS Y COLONAS

Hace unos años, el Museo Naval de Madrid reseñaba el hecho en la exposición *No fueron solos. Mujeres en la conquista y colonización de América* (RED n° 285), con documentación de la época, biografías e imágenes que desvelaban la importancia de las féminas en aquel proceso. El catálogo, publicado por el

*Sus acciones
les valieron
privilegios reales y
el reconocimiento
de sus compañeros
en combate*

Ministerio de Defensa, es uno de los apuntes que ofrece la búsqueda sobre «mujeres y ejércitos» en su web de Patrimonio Cultural y se puede consultar en la Biblioteca Centro Documentación del Departamento.

Una de esas mujeres que cruzó el Atlántico es María de Estrada, que estuvo al lado de Hernán Cortés en la aciaga *Noche Triste* (1520). Pero la historia de María comienza en 1509, cuando decide viajar con su hermano, el conquistador Francisco de Estrada, a Santo Domingo, donde, trabajando en un hospital, conoce al conquistador de México.

CONQUISTA DE MÉXICO

El tiempo los volvería a unir. Antes, la Estrada participó en la primera expedición que intentó conquistar Cuba. Cayó prisionera y estuvo cinco años presa. Después, se sumó a la empresa de Cortés al imperio azteca. Era la única mujer.

De ella, el cronista de la época Diego Muñoz resaltó que, en la batalla, «con una espada y una rodela en las manos, peleando valerosamente con tanta furia y ánimo que excedía al esfuerzo de cualquier varón». Ganó así el tratamiento de «mujer soldado».

Por su parte, en 1537, la extremeña Inés Suárez logró una licencia real para ir al lado de su esposo al Nuevo Mundo,

Felipe IV refrendó el empleo de alférez a Catalina de Erauso y Carlos IV concedió el grado de sargento a Ana María de Soto

pero al llegar se encontró viuda y, a cambio, el legado de unas tierras en Cuzco.

Conoce entonces a Pedro de Valdivia, a quien acompaña a la conquista de Chile. Desde el primer momento, Inés se ganó el respeto de los hombres de la expedición, asistiendo a los heridos en combate con gran diligencia. Pero fue defendiendo la ciudad de Santiago de Chile, y en ausencia de Valdivia, donde forjó su leyenda de mujer batalladora, por lo que se la condecoró militarmente.

Las crónicas cuentan que, con impertertable sangre fría, no dudó en decapitar con sus propias manos a los siete caciques locales que iniciaron la sublevación, arrojando después sus cabezas a los nativos para disuadirlos de continuar con la lucha. Hecho plasmado en una obra del pintor J. Mercedes Ortega (Museo Histórico Nacional de Chile).

ALMIRANTE DEL MAR DEL SUR

Otra mujer que alcanzó rango militar por su decisión y mando fue Isabel Barreto, la primera almirante de la Armada Española, y la única hasta la fecha.

Gallega de cuna, viajó muy joven con su familia al virreinato del Perú. Casó con el capitán general Álvaro de Mendaña (1586), y con él emprendió una expedición para colonizar las islas Salomón.

Descubrieron las Marquesas y la Santa Cruz, crearon poblaciones... Mendaña murió de malaria en 1595, legando a su esposa la condición de «Adelantada y Gobernadora», y, por ende, el mando de la misión en tierra y de la flota.

Isabel no dudó en recoger el guante y liderar la expedición, convirtiéndose en capitán general y almirante. Asediados por indígenas y enfermedades, Barreto mandó dejar las Salomón, comandando a sus hombres hacia Filipinas en un duro viaje, en el que supo imponer disciplina y orden, demostrando una capacidad de liderazgo insólita para la época.

Su retrato, junto con documentos de aquellas expediciones, se conserva en el Museo Naval de Madrid. Entre otras instituciones culturales de Defensa, la

Biblioteca Central Militar también atesora más de una obra sobre la almirante, como una primera edición de *Doña Isabel Barreto: adelantada de las islas Salomón*, de Manuel Bosch Barret (1943).

LA MONJA ALFÉREZ

La historia más especial de cuantas están documentadas es, sin duda, la de Catalina de Erauso, la *monja alférez*. Soldado pionera, se dijo de ella que era «violenta y pendenciera», pero lo cierto es que escogió su destino, algo que se negaba a las mujeres de la época.

Su historia no está ligada a la de ningún hombre. A ninguno acompañó, ni

ejecutaran, desveló su verdadero sexo y su antigua condición de novicia, lo que la llevó, de nuevo, al convento. Esta vez, en el virreinato, donde estuvo varios años hasta que pudo volver a España.

Su fama viajó más rápido que ella misma y, a su llegada, el rey Felipe IV quiso conocerla. El monarca no solo mantuvo su graduación, sino que le permitió que continuara llevando atuendo masculino y, de paso, le puso el sobrenombre con el que pasó a la Historia. Viajó por Europa. En Roma, la recibió el Papa Urbano VIII, quien ratificó la gracia otorgada por el soberano hispano. Finalmente, volvería a América, instalándose en México en 1630, donde vivió los últimos veinte años de su vida.

Antes de morir escribió sus memorias, *Historia de la monja alférez*, donde se recogen algunas de las referencias mencionadas. Además, fue retratada por Juan van der Hammen, y en Donostia, su ciudad natal, una escultura suya adorna los jardines del Palacio de Miramar.

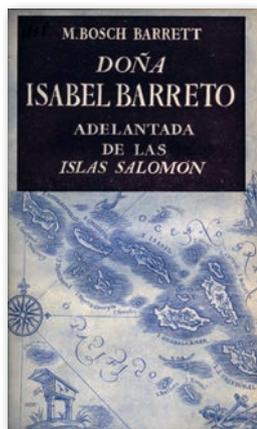
COMUNERAS

Mientras se miraba al Nuevo Mundo, se desató en Castilla la Guerra de las Comunidades, que se popularizó como «la revuelta de los comuneros» y sacudió la meseta entre 1520 y 1522. Aunque

también son varios los historiadores que afirman que la nobleza castellana se alzó contra Carlos I al considerar que la reina legítima era Juana *la Loca*, inhabilitada y recluida en Tordesillas.

Dirigidos por Juan de Padilla, batallaron en Toledo, Madrid, Segovia y Valladolid, hasta que un 23 de abril de 1521 fueron derrotados en Villalar. Su viuda, María López de Mendoza y Pacheco, de luto pero sin resignarse, asumió el mando de la sublevación, gobernó la capital imperial y, desde el Alcázar, dirigió las tropas hasta que, nueve meses después, capituló la ciudad. Fue condenada a muerte, pero logró huir a Portugal.

Fue la comunera más conocida, tal vez, por lo escrito sobre ella, recibió el alias de *la leona de Castilla* e inspiró un



Primera edición de la obra de Bosch sobre Barreto y petición de título por la empresa de las Salomón.

siguió a través del océano. Partió sola hacia América, por decisión propia, para dejar atrás una vida que no quería y forjarse la carrera militar que deseaba.

Nació en San Sebastián en 1592 e ingresó en el convento de las Dominicas siendo niña. Con 15 años escapó, viajó fingiendo ser un labriego hasta que embarcó rumbo a América.

Allí se enroló en el Ejército Español, como un hombre más, para participar en la conquista de nuevos territorios. Su manejo de las armas y su maestría en el combate le permitieron alcanzar el empleo de alférez.

En 1623, a causa de una de sus continuas disputas por cuestiones de juego y mujeres, mató a un hombre en Perú. Fue condenada a muerte. Para que no la



Este cuadro de «La reina Isabel la Católica visitando el Hopital de Toro» forma parte del itinerario *En clave mujer* del Museo del Ejército de Toledo.

Hélène Gicquel

*Felipe II
concedió
el título de
«soldado
aventajado»
a María Pita
por la defensa
de La Coruña*



De pie, espada en alto,
Doña Inés Suárez en la
defensa de la ciudad de
Santiago.

José Mercedes Ortega / Museo Histórico Nacional de Chile



Museo Histórico Militar de La Coruña

Acuarela que muestra el ataque de la escuadra del británico Francis Drake a la capital coruñesa y que puede contemplarse en el museo militar de la ciudad.

drama de Francisco Villaespesa y una exitosa película, ya en 1951, protagonizada por Amparo Rivelles. Sobre ella, el Archivo General Militar de Madrid atesora información, también de otras mujeres en armas, como Catalina de Haro.

Medio siglo después, frente a las costas gallegas se cernía otra amenaza para la Monarquía Hispánica: la contraarmada de la reina inglesa Isabel I, liderada por el tándem Drake-Norreys.

Era 1589, y Mayor Fernández de Cámara y Pita, conocida como *María Pita*, pasaría a la Historia como la heroína que defendió La Coruña del ataque británico. Los ingleses mataron a Gregorio de Rocamunde, su marido, en pleno asedio a la muralla de la ciudad.

Ella, llena de rabia, arrebató la lanza de la bandera inglesa y, con la misma, mató al alférez que dirigió el asalto. Al grito de «quien tenga honra que me siga», logró la retirada de los atacantes.

Felipe II le concedió el título de «soldado aventajado» y una pensión que equivalía al sueldo de un alférez más cinco escudos mensuales, concediéndole también un permiso de exportación de mulas de España a Portugal.

El Museo Histórico Militar de La Coruña dedica una de sus salas a su figura, donde se muestra desde su retrato hasta un diorama que recrea la batalla.

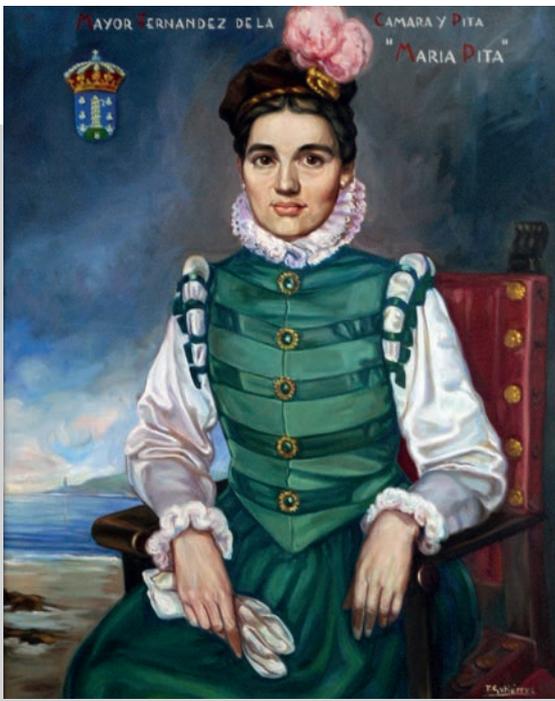
LA SOLDADO ESTANQUERA

La primera española infante de marina fue Ana María de Soto, nacida en Córdoba en el año 1775. Embarcó en la fragata *Mercedes* en 1794 haciéndose pasar por varón, bajo el nombre de Antonio María de Soto.

Durante su vida militar, sirvió como soldado en la 6ª compañía del 11 batallón de Marina, participando, entre otras acciones, en la batalla del Cabo de San Vicente (1797). La licenciaron cuatro años después, al descubrirse su condición de mujer en un reconocimiento médico rutinario.

Pero, por la heroicidad demostrada, Carlos IV le otorgó sueldo de dos reales de vellón diarios, el grado de sargento y, además, se le autorizaba a llevar los colores de los batallones de marina y las divisas de sargento en sus ropas de mujer.

En 1799, se le concedió una licencia para regentar un estanco en Montilla, lo que aparejó que la bautizaran como la *soldado estanquera*. En el Museo Naval

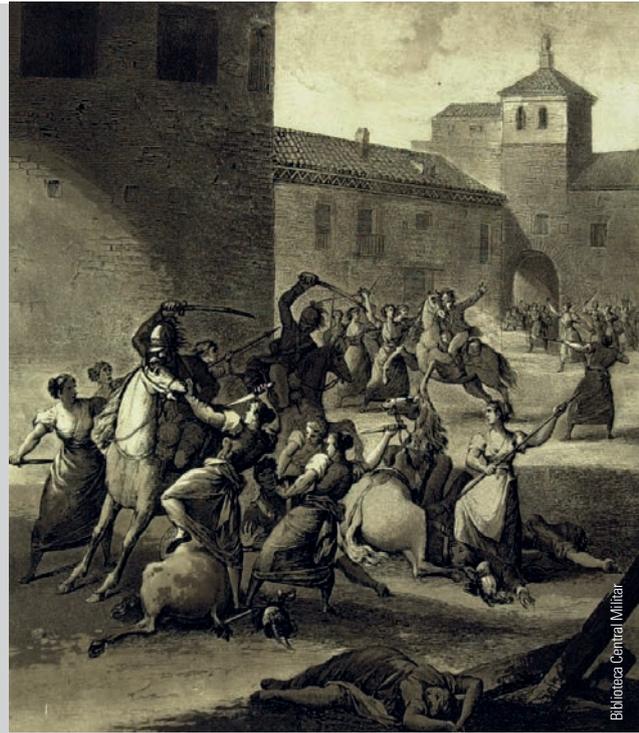


Mayor Fernández de Cámara y Pita, *María Pita*.

Derecha, lámina de las *Ruinas de Zaragoza*, que refleja la participación de la mujeres en la lucha contra Napoleón. Debajo, uniforme de Isabel II.



Museo del Ejército



Biblioteca Central Militar



Biblioteca Central Militar



Biblioteca Central Militar

María Agustín, con munición oculta para los «patriotas», y Casta Álvarez, bayoneta en mano, dos defensoras zaragozanas más.

Muy presentes en la Guerra de la Independencia (1808-1814)

de Cartagena hay un espacio dedicado a su figura, y en el de San Fernando se conserva documentación original de la época y un retrato suyo posterior.

CONTRA NAPOLEÓN

El nombre de Agustina de Aragón, la artillera, fue, tal vez, el que más trascendió de cuantas mujeres se unieron a la lucha durante la Guerra de la Independencia (1808-1814) contra el imperio napoleónico. Una entre las cientos que quedaron en el anonimato, pero que representa la valentía de todas ellas.

Agustina Raimunda M^a Zaragoza y Doménech nació en Barcelona en 1786 y se mudó a Zaragoza en 1808 para reunirse con su marido, el sargento Roca.

Durante el asedio galo, tomó posiciones en la puerta del Portillo, duramente atacada. Ayudaba con las provisiones, alentando a la tropa al grito de «ánimo artilleros, que aquí hay mujeres cuando no podáis más». Vio que los hombres caían y no dudó en avanzar entre los muertos hasta un cañón, que disparó, logrando contener al enemigo.

Después de aquello, se presentó en la Junta Provincial de Teruel, donde se reincorporó al Ejército y continuó batallando contra los franceses hasta el final de la contienda. Agustina llegó a ser nombrada subteniente.

En el Archivo General Militar de Segovia, se conserva valiosos documentos sobre «Las artilleras» —entre las cuales también están Francisca Puerta y Luisa Villalba— que desvelan la participación de las mujeres en misiones de fuerza, inteligencia y logística en aquellos años.

COMPAÑÍA DE SANTA BÁRBARA

Zaragoza no fue la única ciudad donde las féminas se alzaron contra Napoleón. Gerona también tuvo sus heroínas. Allí asistimos a la creación de una serie de unidades militares formadas solo por mujeres e impulsadas por las esposas de los oficiales que estaban en el frente.

Tras el asalto al Hospital de San Daniel, que ayudaron a evacuar, deciden continuar la tarea de forma organizada y piden la autorización correspondiente al gobernador Mariano Álvarez, quien

decretó la creación de una unidad militar femenina el día 22 de junio de 1809.

Tal fue el éxito de reclutamiento, que se formaron cuatro escuadrones con las más de 200 mujeres que se alistaron. Cada uno tenía una comandante al frente, elegidas entre ellas: Lucía Jonama de Fitz-Gerald, Raimunda de Nouvilas, María Ángela Bivern y María Curtí.

UNA CINTA ROJA

Bajo la denominación de la *Compañía de Santa Bárbara*, dividieron Gerona en cuatro sectores, uno por escuadrón; prestaron asistencia sanitaria en ellos y acudieron donde se las necesitó. Una cinta roja en su brazo izquierdo indicaba que estaban de servicio.

En el asalto del castillo de Montjuich (Barcelona), «tuvieron su bautismo de fuego bajo una lluvia de balas, bombas y granadas», tal y como lo recoge el historiador Javier Santamarta en su libro *Siempre estuvieron ellas*.

En Madrid, el 2 de mayo de 1808, dieron su vida dos mujeres cuyo recuerdo perdurará para siempre: Manuela

¡Qué valor!, Desastres de la guerra 7, de Goya, recuerda a Agustina de Aragón.

Retrato de Manuela Malasaña, heroína del 2 de mayo, en la ruta *En clave mujer*.



Museo del Ejército



Archivo General Militar de Segovia

Nombramiento de subteniente para Agustina de Aragón. Enfermeras británicas y españolas enrollando vendajes, colección del Comité de Ayuda a España.



Archivo General Militar de Ávila



Real Academia de Bellas Artes de San Fernando / Calcografía Nacional

Malasaña, fusilada en el parque de Artillería de Monteleón, y Clara del Rey, que luchaba junto a su marido y sus tres hijos de 15, 17 y 19 años al lado de los soldados comandados por los capitanes Daoíz y Velarde y el teniente Ruiz.

DE MADRID A LA HISTORIA

Al pie del cañón, literalmente, Sorolla, Manuel Castellano o Leonardo Alenza immortalizaron a Del Rey. Ella, su esposo y uno de sus vástagos cayeron en el frente; mientras que el hermano mayor se alistó en el tercer escuadrón de cazadores de Sagunto. Junto a Manuela Malasaña está enterrada en la iglesia de la Buena Dicha, cerca de la Gran Vía.

Valencia, Ronda o Bailén también fueron escenarios de batallas en las que se hizo referencia al arrojo de las mujeres, o donde fue decisivo su papel como agentes de información o como aguadoras, sobre las cuales escribió Pérez Galdós en uno de sus *Episodios Nacionales*.

En el Museo del Ejército (Toledo), encontramos un preciosista retrato de Manuela Malasaña, que es parte del

recorrido *En clave de mujer* y puede visitarse de forma permanente.

Este itinerario repasa la relación de las féminas con los Ejércitos y la Corona a lo largo de los siglos. Son catorce cuadros, fotografías y objetos originales distribuidos por varias plantas de su sede, el alcázar castellano-manchego.

Entre ellos, destacan piezas relacionadas con las reinas Isabel II e Isabel la Católica, con una visión idealizada de la creación del primer hospital de campaña, en el que mucho tuvo que ver la soberana, según fuentes de la época.

«En clave de mujer» es un recorrido fijo del Museo del Ejército y tiene parada en diferentes salas

La faceta sanitaria de la milicia y el concurso femenino también tiene un espacio en este recorrido. Un binomio del que el Archivo General Militar de Ávila conserva diversa documentación.

Y EN LOS CIELOS

La primera española con licencia de piloto (1928) fue María Bernaldo de Quirós, pero sus expediciones fueron de carácter civil. Casi una década después, en 1937, en Turquía está documentada la figura de la primera aviadora de combate del mundo, Sabiha Gökçen, que entró en acción durante la Rebelión de Dersim, en junio de ese año.

En España, sin embargo, hubo que esperar a 1991 para que ingresara en nuestras Fuerzas Armadas la futura primera piloto del Ejército del Aire, Yolanda Gassó, mientras que la pionera en combate es Rosa María García-Malea.

En estas líneas no están todas las que son, pero son todas las que están. Pioneras, valientes, adelantadas a su tiempo y referentes que la Historia debe recordar.

María Senovilla